

A LAS ONCE, SIN RELOJ

Años más tarde viajaría a cuatro continentes por distintos motivos, pero recuerdo que en ningún lado me sentí tan extranjero como en el pequeño pueblo en el que pasaba mis vacaciones de verano, a sólo cien kilómetros de casa.

Cómo habíamos recalado en aquel lugar, sigo sin entenderlo. Mientras todo el mundo elegía aquellos núcleos en los que el virus del turismo comenzaba a expandirse, mis padres eligieron este pueblo donde las gallinas comen cangrejos y a los tomates los riega la pleamar. Una babel de casas de autoconstrucción con salón garaje en los bajos, balcones de aluminio en los primeros, y cañizos en las azoteas. Abuelos pescadores, padres agricultores e hijos camareros; tres etapas históricas desvinculadas entre sí que años más tarde, con la llegada de la heroína, desembocaría en la pérdida de una generación.

Pero en aquellos años de pelusa, el pueblo era para nosotros más que Egipto o la Isla de Java. Éramos Alan Ladd caminando por un poblado del Oeste, blanco de miradas francotiradoras.

-¿Ustedes son ricos?

-No.

-Mejor. Mi padre dice que gente rica, gente puta.

Así de implacables eran los lugareños con la gente de fuera. Y "fuera" era el extenso territorio que iba desde el final de las tomateras hacia allá. Ese sentido entre servicial y sumiso que trajo el desarrollo posterior aún no se había asentado en el pueblo. Nos costaba veinte días hacer el primer amigo, y para cuando conocíamos el nombre de los chicos de nuestra edad, nos teníamos que volver. Al año siguiente se empezaba desde cero.

De todas aquellas caras, sólo puedo ahora recordar un nombre. Sus cinco letras hibernaban durante once meses, para florecer en el instante que el viejo Triumph retornaba al pueblo. Fue mi novia, aunque ella nunca lo supo, desde el primer verano que la vi. El segundo tampoco le hablé, pero mis ojos besaron todo su cuerpo de delfín en aquellos encuentros en grupo en el Charco del Ala.

Sólo en el último verano tuve el valor de darle la mano bajo el agua, mientras buceábamos para coger lapas. Nunca le dije nada. Supongo que nuestro amor submarino no podría vivir fuera del agua del sur. Las palabras tampoco las había aprendido aún. Ahora que las sé, carecen de relleno, como los calamares de bolsa. En aquellos años, sólo decir "quedamos mañana a las once" sonaba cómo más tarde sonaría Benedetti o Neruda en verso. Ese último verano hubo muchas puestas de sol, muchas canciones emocionantes, y muchas lapas.

es.humanidades.literatura
21 abril 2004